



XII

A la verdad, infundía tristeza en aquellos días de fin de Octubre, el aspecto de Vichy. No eran sino hojas caídas: el Parque, tan animado siempre, se veía solitario; sólo algunos agüistas tardíos, enfermos de veras, paseaban la acera de asfalto, henchida ayer del roce de ricos trajes y del rumor de alegres conversaciones. Nadie se cuidaba ya de recoger y barrer el amarillo tapiz del follaje, porque Vichy, tan peripuesto y adornado en la estación de aguas, se torna desastrado y desaliñado no bien le vuelven la espalda sus elegantes huéspedes de estío. Toda la villa semejava una inmensa mudanza: de los *chalets*, desalquilados ya, desaparecían los adornos y balconadas, para evitar que los pudriesen las lluvias; en las calles se amontonaban la cal, el ladrillo para las obras de albañilería, que nadie osaba emprender en verano por no ensuciar las pulcras avenidas. Las tiendas de objetos de lujo iban cerrándose unas tras otras, y dueños y surtido tomaban el rumbo de Niza, Cannes o cualquiera estación invernal semejante. Algunas quedaban rezagadas todavía, y sus escaparates servían de entretenimiento a Lucía y Pilar, cuando esta última salía

a sus despaciosos paseos. Entre ellas se señalaba un almacén de curiosidades, antigüedades y objetos de arte, situado casi frente a la famosa Ninfa, y, por consiguiente, a espaldas del Casino. Angosta en extremo la tienda, apenas podía encerrar el maremágnum de objetos apiñados en ella, que se desbordaban, hasta invadir la acera. Daba gusto revolver por aquellos rincones, escudriñar aquí y acullá, hacer a cada instante descubrimientos nuevos y peregrinos. Los dueños del baratillo, ociosos casi todo el día, se prestaban a ello de buen grado. Erase una pareja; él, bohemio del Rastro, ojos soñolientos, raído levitín, corbata rota, semejante a una curiosidad más, a algún mueble usado y desvencijado; ella, rubia, flaca, ondulante, ágil como una zapaquilda de desván, al deslizarse entre los objetos preciosos amontonados hasta el techo. Miraban Lucía y Pilar muy entretenidas la heteroclita mescolanza. En el centro de la tienda se pavoneaba un soberbio velador de porcelana de Sévres y bronce dorado. El medallón principal ofrecía esmaltada, sobre un fondo de ese azul especial de la *pasta tierna*, la cara ancha, bonachona y tristota de Luis XVI; en torno, un círculo de medallones más chicos, presentaba las gentiles cabezas de las damas de la corte del rey guillotinado; unas empolvado el pelo, con grandes cestos de flores rematando el edificio colosal del peinado, otras con negras capuchas de encaje anudadas bajo la barbilla; todas impúdicamente descotadas, todas risueñas y compuestas, con fresquísima tez y labios de carmín. Si Lucía y Pilar estuviesen fuertes en Histo-

ria, ¡a cuánta meditación convidaba la vista de tanto ebúrneo cuello, ornado de collares de diamantes o de estrechas cintas de terciopelo, y probablemente segado más tarde por la cuchilla; ni más ni menos, que el pescuezo del rey que presidía melancólicamente aquella corte! La cerámica era el primor de la colección. Había cantidad de muñequitos de Sajonia, de colores suaves, puros y delicados, como las nubes que el alba pinta; rosados cupidillos, atravesando entre haces de flores azul celeste; pastoras blancas como la leche y rubias como unas candelas, aparentando corderillos atados con lazos carmesies; zagales y zagalas que amorosamente se requestaban entre sotillos verdegay, sembrados de rosas; violinistas que empuñaban el arco remilgadamente, adelantando la pierna derecha para danzar un paso de minueto; ramilleteras que sonreían como papanatas, señalando hacia el canasto de flores que llevaban en el brazo izquierdo. Próximos a estos caprichos galantes y afeminados, los raros productos del arte asiático proyectaban sus siluetas extrañas y deformes, semejantes a ídolos de un bárbaro culto; por los panzudos tìbores, cubiertos de una vegetación de hojas amarillas y flores moradas o color de fuego, cruzaban bandadas de pajarracos estrafalarios, o serpenteaban monstruosos reptiles; del fondo oscuro de los vasos tabicados surgían escenas fantásticas, ríos verdes corriendo sobre un lecho de ocre, kioscos de laca pupúrea con campanillas de oro, mandarines de hopalanda recta y charra, bigotes lacios y péndulos, ojos oblicuos y cabeza de calabacín

Las mayólicas y los platos de Palissy parecían trozos de un bajo fondo submarino, jirones de algún hondo arrecife, o del lecho viscoso de un río; allí entre las algas y fucus resbalaba la anguila reluciente y glutinosa, se abría la valva acanalada de la almeja, coleteaba el besugo plateado, enderezaba su cono de ágata el caracol, levantaba la rana sus ojos fríos, y corría de lado el tenazudo cangrejo, parecido a negro arañón. Había una fuente en que Galatea se recostaba sobre las olas, y sus corceles azules como el mar sacaban los pies palmeados, mientras algunos tritones soplaban, hinchados los carrillos, en la retuerta bocina. Amén de las porcelanas, había piezas de argentería antigua y pesada, de esas que se legan de padres a hijos en los honrados hogares de provincia: monumentales salvillas, anchas bandejas, soperones rematados en macizas alcahofas; había cofres de madera embutidos de nácar y marfil, arquillas de hierro labradas como una filigrana, tanques de loza con aro de metal, de formas patriarcales, que recordaban los bebedores de cerveza que inmortalizó el arte flamenco. Pilar se embobaba especialmente con las copas de ágata que servían de joyeros, con las alhajas de distintas épocas, entre las cuales había desde el amuleto de la dama romana hasta el collar, de pedrería contrahecha y finos esmaltes, de la época de María Antonieta; pero Lucía se enamoró sobre todo de los objetos de iglesia, que despertaban el sentimiento religioso, tan hecho para conmover su alma sincera y vehemente. Dos Apóstoles, alzado el dedo al cielo en grave acti-

tud, se destacaban, fileteados de latón los contornos, sobre dos cristales de colores, arrancados sin duda de la ojiva de algún dismantelado monasterio. En un tríptico de rancio y acaramelado marfil, aparecía Eva, magra y desnuda, ofreciendo a Adán la manzana funesta, y la Virgen, en los misterios de su Anunciación y Ascensión; todo trabajado incorrectamente, con ese candor divino del primitivo arte hierático, de los siglos de fe. A despecho de la rudeza del diseño, gustaba a Lucía la figura de la Virgen, la modestia de sus ojos bajos, la mística idealidad de su actitud. Si poseyese una cantidad crecida de dinero, a buen seguro que la daría por un Cristo que andaba confundido entre otras curiosidades, en el baratillo. Era de marfil también, y todo de una pieza, menos los brazos; y clavado en rica cruz de concha, agonizaba con dolorosa verdad, encogidos músculos y nervios en una contracción suprema. Tres clavos de diamante trucidaban sus manos y pies. Lucía le rezaba todos los días un padrenuestro, y aun solía besar sus rodillas, cuando no la miraba nadie.

No le desagradaban los cuadros; tanto más, cuanto que los comprendía, a diferencia de lo que pasaba con algunos objetos artísticos, que se le antojaban asaz de feos y extravagantes. Claro está que aquel jaque fiero, que espada en mano se arroja sobre su adversario, va a partirle el corazón de una buena estocada. ¡Qué bien amanecía en aquel Daubigny! ¡Con qué naturalidad pastaban aquellos carneros de Jacque, tassados en mil francos cada uno!—doce tenía el

cuadro—. ¡Qué piececitos tan blancos mojaba en el marmóreo tazón la sultana favorita, de Cala y Moyal! La cabeza de niña, estilo de Greuze, era una maravilla de gracia inocente. Pues ¿y la niña en una posada flamenca? Era cosa de risa ver cómo volaban los tuestos hechos añicos, y rodaban las cacerolas de cobre, y los dos gañanes de Van Oustade, deformes y ridículos, repartían mojicones, menudeaban puñadas y exageraban con lo grotesco de la actitud su simiaca fealdad.

Pero más aún que el bazar de objetos de arte donde tantas formas y colores, estilos e ideales artísticos la mareaban al fin y al cabo, gustaba Lucía de un puesto ambulante al aire libre, de los muchos que había cerca del Casino, situados al borde de la acera. Representaban los tales puestecillos la industria chica y modesta; aquí un viejo alemán pregonaba vasos de cristal para beber las aguas, y con una rueda de esmerilar, a vista del comprador, grababa en el cristal las iniciales de su nombre; allá un suizo ofrecía juguetes, muñecos, cajitas y plegaderas grabados en leño de haya por los pastores; acá se ferriaban lentes; acullá peines y objetos de escritorio. El predilecto de Lucía era el de un vendedor de piadosas chucherías de Jerusalem y Tierra Santa. Calvarios de nácar con ingenuos relieves, cabos de pluma de raíz de olivo, rematados en figura de cruz, cabezas de la Virgen entalladas sobre una concha, broches y dijes de esmaltes con arabescos, tazas de negra piedra del Asfaltites, pastillas de olor; a esto se reducía la caja portátil. Vendíalo todo un israelita no mal parecido,

ojinegro y cetrino mucho, con su fez árabe encarnado sucio, y sus pantalones bombachos; dulce, insinuante, levantino en todo, chapurreador de muchas lenguas y buen hablador de la castellana, que manejaba con soltura, incurriendo sólo en algún arcaísmo de vez en cuando. Con éste, pues, se desquitaba Lucía, informándose de la santa aldea de Belén, de la divina mansión de Nazareth, del monte Olivete, de todos los lugares sacrosantos, que apenas creía ella pudiesen estar en la tierra, sino en algún misterioso y remoto paraíso. Entre el vendedor y Lucía se estableció así una intimidad de diez minutos todas las tardes, al aire libre, y más cuando él la hubo dicho que era cristiano, católico, catequizado e instruído por los franciscanos de Belén. Compró Lucía de cuanto pudo hallar en el puesto, hasta un rosario de esas cuentas verdosas y turbias como un agua amarga, que no sin gran verdad analógica se llaman lágrimas de Job.

—¡No sé cómo te gusta ese rosario tan feo!— decía Pilar.

—¡Mira!— exclamaba Lucía—. ¡Si parecen lágrimas de veras!

Mas tambien la golondrina de Levante se voló, en busca de zonas más templadas. Un día no encontraron ya a Ibrahim Antonio en su sitio de costumbre: probablemente cansado de una jornada sin venta, había cargado con el surtido y emprendido el camino Dios sabe dónde. Lucía le echó de menos; pero el movimiento de retirada era general; no se veían sino tiendas que se vaciaban y cerraban. Había en las aceras

montones de paja, rimeros de recortes de papel de embalaje, cajones y cajas con grandes rótulos que decían: «muy frágil.» Era la tristeza, el desorden, el creciente vacío de una casa mudada. Pilar encontraba tan feo a Vichy de aquel modo, que ideaba paseos inusitados, que la apartasen de las calles principales. Una mañana se encaprichó en ir a ver la pastillería, y presencié el nacimiento de dos o tres mil pastillas y bombones; otra quiso visitar las subterráneas galerías que encierran los inmensos depósitos del agua, y los formidables tubos por donde asciende a alimentar los baños del establecimiento termal. Bajaron estrecha escalera, cuyos últimos peldaños se hundían ya en la obscuridad de las galerías. La guardiana les precedía alumbrando con una lámpara de minero, aplastada y de hediondo tufo; Miranda llevaba otra, y un pilluelo que allí se apareció caído de las nubes, encargóse de la última. Era la bóveda tan baja, que Miranda hubo de inclinar la cabeza, por no deshacerse la frente. Hacía brusco recodo el angosto pasadizo, y se hallaron de pronto en otra galería, abierta como una boca, donde se internaban los tubos, comidos de orin, gracias a la perenne humedad. Sudaba el techo pálidas y brillantes gotitas de vapor acuoso; a uno y otro lado corría el agua, sobre un lecho de residuos, de fosfatos alcalinos, blancos y farináceos, como nieve recién llovida. A medida que adelantaban por el largo canal subterráneo, calor sofocante anunciaba el paso de las sobras de la Reja Grande, un raudal hirviente, cuya temperatura subía más aún en aque-

lla prisión. De las paredes, leprosas, herpéticas, cubiertas de roña caliza, colgaban monstruosas fungosidades, criptógamas preñadas de veneno, cuya blancura ponzoñosa se destacaba sobre el muro, como una pupila pálida y siniestra en un rostro amoratado. En los codos de los tubos, polvorientas telarañas se tendían, semejantes a sudario gris de olvidados muertos. Las losas del pavimento, dislocadas, dejaban entrever el agua negra. Sobre sus cabezas oían los expedicionarios el pisar de la gente, el batir del duro casco de las bestias. A veces se abría un respiradero, y al través de la reja de hierro filtrábase la luz del día, lívida y cadavérica, amarilleando la rojiza de las lámparas. Los tubos, intestinos de aquel húmedo vientre, daban mil vueltas, y tan pronto rastreaban a flor de tierra, parecidos a sierpes enormes, como se erguían a la bóveda, remedando los negros tentáculos de un pulpo descomunal. Hubo un instante en que los expedicionarios salieron de los pasadizos a plaza más despejada; era una especie de cueva circular, con tragaluz, y en su fondo bostezaban las anchas fauces del pozo Lucas, lleno de un agua soñolienta, sombría y honda. El pilluelo acercó curioso su lámpara. La guardiana le asió del brazo.

—Eh, amiguito, cuidado con caerse ahí. No sería fácil ir a buscarte a cien metros de profundidad que tiene ese agujero.

Lucía, fascinada, se aproximó a la boca. Los gases mefíticos exhalados del pozo hacían temblar la llama turbia de las lámparas. Allí no hacía

calor, sino frío; un frío espeso, sin aire respirable. Entráronse resueltamente por otra galería, y abierta una puerta de hierro, se asustaron todos, menos la guardiana, viendo en torno suyo vasta extensión de agua, una especie de lago subterráneo. Ellos estaban sobre angosta tabla echada a manera de puente a lo ancho del depósito. Aquellas aguas, tendidas en su tumba de piedra, tenían quietud y limpidez lúgubre. La luz de una de las lámparas, dejada exprofeso en la otra orilla por la guardiana para que se viese el grandor del depósito, oscilaba en prolongados rieles sobre la triste transparencia del lago, y remedaba, allá a lo lejos, la tea de un sicario en alguna prisión veneciana. Tal era de fantástico aquel lago, que reflejaba un cielo de granito, que la imaginación se fingía cadáveres flotando en él. Experimentaban Lucía y Pilar vago temor, y sobre todo, cosa pueril, o mejor dicho, eminentemente femenina, les horrorizaba la idea de que en las estrecheces y revueltas de los pasadizos pudiesen encontrar ratas. Sabían que los depósitos comunicaban con las alcantarillas, y ya dos o tres veces palidecieron creyendo ver cruzar una sombra negra, que no era sino la temblona silueta de alguna planta parásita, dibujada en el muro por las luces. De improviso, ambas exhalaban un grito; no había duda; sonaba el chillido agrio y agudo de la rata. Lucía, sobre todo, se quedó un punto con los ojos dilatados, inmóvil; allí no era posible correr y huir. Pero el pilluelo y la guardiana soltaron la risa; conocían bien aquel silbido, que no era sino el de las botellas de

agua mineral que al otro lado de la pared estaban corchando. Con todo, las mujeres respiraron al salir del sombrío dédalo y ver de nuevo la claridad diurna y sentir el aire fresco que congelaba en su frente las gotas de sudor.

Sólo a un punto iba Lucía sola: a la iglesia de San Luis. Al pronto, el edificio agradó muy poco a la leonesa, habituada a la majestad de su soberbia basílica. San Luis es mezquina rapsodia ojival, ideada por un arquitecto moderno; por dentro la afea estar pintada de charros colorines; en suma, parece una actriz mundana disfrazada de santa. Pero Lucía halló en el templo una Virgen de Lourdes, que la cautivó sobremanera. Campeaba en una gruta de floridos rosales y crisantemos, y sobre su cabeza decía un rótulo: «Soy la inmaculada Concepción.» Poco sabía Lucía de las apariciones de Bernardita la pastora, ni de los prodigios de la sacra montaña; pero con todo eso la imagen la atraía dulcemente con no sé qué voces misteriosas, que vagaban entre el grato aroma de los tiestos de flores y el titilar de los altos y blancos cirios. La imagen, risueña, sonrosada, candorosa, con ropas flotantes y manto azul, llegaba más al alma de Lucía que las rígidas efigies de la catedral de León, cubiertas de rozagante atavío. Yendo una tarde camino de la iglesia, vió pasar un entierro y lo siguió. Era de una doncella, hija de María. Rompía la marcha el bedel, oficialmente grave, vestido de negro, al cuello una cadena de plata; seguían cuatro niñas, con trajes blancos, tiritando de frío, morados los pómulos, pero muy huecas del importan-



se su condición inferior. Recordóle con embozadas alusiones su esfera social. Espió sus menores actos, le echó en cara el tiempo invertido en cuidar a la hermana de Perico, y, en suma, adoptó el sistema de contrariedad y violencia, de seguros resultados con las mujeres fáciles y depravadas, a quienes subyuga y enamora. A Lucía la puso a dos dedos de la desesperación.

Pocos días antes del fijado para la vuelta de Perico, recibió Pilar una carta suya, que entregó a Lucía, a fin de que se la leyese. Anunciaba su llegada próxima, refiriendo a la vez algunos pormenores de su elegante vida en el castillo de Ceyssat, y entre varias noticias daba la de la muerte de la madre de Ignacio Artegui, que *Anatole* le había contado, creyendo que le interesaría por tratarse de un compatriota. Añadía que su hijo la había llevado a enterrar a Breñaña, al mismo castillote de Houdan, en que trascurriera su niñez. Miranda estaba delante cuando se leyó este párrafo, y hubo de notar la ojeada rápida que se cruzó entre Pilar y Lucía, y la palidez repentina de su mujer. Salió Lucía aquella tarde, y se fué a San Luis, donde pasaría como media hora. Volvió al *chalet*, y entró en su dormitorio, donde tenía recado de escribir; escribió una carta, y guardándosela en el pecho bajó las escaleras a brincos, y tomó a buen paso hacia la calle principal. Anochecía; encendíanse los primeros faroles, y se esparcían por el arroyo los pilluelos, niños de coro de la civilización, voceando los periódicos recién llegados de París. Lucía fué derecha al rojo reverbero del estanco, y acercán-

dose a la caja de madera que hacía de buzón, echó en ella la epístola. Al punto mismo, sintió como una tenaza que le oprimía el brazo y se volvió. Miranda estaba allí.

—¿Qué es esto?—murmuró él con voz sorda—. Sola... aquí... ¿qué haces?

—Nada...—pronunció ella balbuciente.

—¿Nada? ¿pues no acabas de echar una carta en el buzón?

—Sí, una carta—contestó ella.

—¿Por qué mentías?—exclamó el marido con iracundo acento, temblándole la barba y los celosos labios.

—No sé lo que dije cuando me lastimaste en el brazo—replicó Lucía recobrando su entereza—; lo cierto es que eché una carta ahora mismo.

—¿Y por qué no me la diste a mí? ¿Por qué te vienes tú... sola?

—Quise echarla yo misma.

Alguna gente que pasaba volvía la cabeza, para oír el diálogo en irritada voz y extranjero idioma.

—Estamos dando espectáculo—dijo Miranda—. Vente.

Internáronse por callejuelas excusadas, y guardaron silencio elocuente por espacio de algunos minutos.

—¿Para quién era esa carta?—interrogó al cabo el marido en voz breve.

—Para Don Ignacio Artegui—contestó Lucía en tono reposado y firme.

—¡Ya lo sabía yo!—dijo entre dientes y mascando una imprecación Miranda.

—Su madre se ha muerto... Bien lo has oído hoy.

—Es altamente indecoroso, altamente ridículo—pronunció Miranda, cuya voz crepitaba como los sarmientos al arder—, que una señora escriba así, sin más ni más, a un hombre...

—Al señor de Artegui le debo obligaciones y favores—dijo Lucía—que me obligaban a interesarme en sus penas.

—Esas obligaciones, caso de haberlas, me toca reconocerlas a mí. Yo le hubiese escrito...

—Tu carta—objetó con sencillez Lucía—no le hubiera servido de consuelo, la mía sí; y como no era cuestión de hacer cumplidos, sino de...

—¡Cállate—gritó Miranda desatentado—; cállate y no digas necedades!—prosiguió con esa grosería conyugal de que no se eximen ni los hombres de buen tono—. Antes de casarte, debieras haber aprendido a conducirte en el mundo, para no ponerme en evidencia y no hacer ridiculeces de mal género; pero no sé de qué me quejo; no debí esperar otra cosa, al casarme con la hija de un tendero de aceite y vinagre.

Miranda caminaba a paso desaforado, arrasando mejor que conduciendo del brazo a su mujer; y casi estaban ya a la puerta del *chalet*. A la afrentosa invectiva, Lucía, descolorida y echando fuego por los ojos, se soltó violentamente, y quedó parada en mitad del camino.

—Mi padre—exclamó en voz alta, y con más de doscientos sollozos atravesados en la laringe—es honrado, y me enseñó a que también lo fuese.

—Pues no se conoce—repuso Miranda con risa irónica y amarga—. Por las trazas te enseñó a falsificar la honradez como él habrá falsificado comestibles.

A este postrer metrallazo, Lucía dió a correr, cruzó la verja, subió la escalera no menos de prisa que la había bajado, y se encerró en su cuarto, soltando la rienda al dolor. De lo que pensó en aquella larga noche, que pasó tendida en un sofá, dará idea la siguiente carta, no destinada seguramente por su autora a la publicidad, ni menos al aplauso de las generaciones venideras:

«Querido Padre Urtazu: Las rabetillas que usted me anunció van empezando a venir, y más pronto y más a montones de lo que yo creía. Lo peor del caso es que, ahora que lo reflexiono bien, me parece que alguna culpa tengo. No se ría usted de mí, por Dios, porque yo me estoy sorbiendo las lágrimas al mojar la pluma, y hasta ese borrón, que usted dispensará, es porque se me cayó una sobre el papel. Voy a contárselo a usted todo, como si estuviera en esa a sus pies en el confesonario. Se ha muerto la madre del Sr. de Artegui. Ya sabe usted por mis cartas anteriores que esto es una desgracia terrible, porque tal vez traiga consigo otras... ni imaginarlas quiero, padre. En fin, yo pensé que el Sr. de Artegui estaría muy triste, muy triste, y que acaso nadie se acordase de decirle cosas cariñosas, y, sobre todo, de hablarle de Dios nuestro Señor, en quien él no puede menos de creer, ¿verdad, padre? pero de quien

»se olvidará quizás en estos momentos tan crue-  
 »les... Llevada de estas consideraciones le escribí  
 »una carta, consolándole allá a mi modo... ¡si vie-  
 »ra usted! me parece que se me ocurrieron cosas  
 »muy buenas y eficaces... le hablé de que Dios  
 »nos manda las penas para convertirnos a él; de  
 »que son visitas que nos hace; en resumen, todo  
 »lo que usted me ha enseñado... además le decía  
 »que bien podía creer que no era el único en  
 »sentir a aquella pobre señora, aquella santa;  
 »que yo la lloraba con él, aunque sabía que es-  
 »taba gozando ahora de la gloria... y que la en-  
 »vidiaba... ¡ay, eso sí que es verdad, Padre!  
 »¡quién como ella! morir, ir al cielo... ¡Cuándo  
 »lograré yo tal ventura!

»Pues volviendo a mi relato, fui a echar la  
 »carta al correo, y Miranda me siguió y me co-  
 »gió del brazo y me llenó de denuetos, inju-  
 »riándome mucho, y lo que sentí más, insultan-  
 »do a mi padre. ¡Pobre padre de mi alma! ¡qué  
 »culpa tiene él de lo que haga yo! Que no sepa  
 »nada, Padre Urtazu, por amor de Dios. Yo me  
 »indigné de tal modo, que contesté con altivez,  
 »y me encerré en mi cuarto. Estoy como aquel  
 »a quien se le ha caído una casa encima.

»Mi salud se resiente de todas estas cosas: dí-  
 »gale usted al Sr. Vélez de Rada que cuando me  
 »vea, ya no le voy a gustar... ahora mismo se me  
 »va la cabeza, y noto unos desvanecimientos muy  
 »fuertes. Adiós, Padre; aconséjeme usted, por-  
 »que no sé lo que me pasa. A veces pienso que  
 »obré mal, y otras me creo libre de toda culpa.  
 »¿Es pecado la misericordia? Cuando miro den-

»tro de mí, misericordia y nada más encuentro.  
 »Perdone la letra, que me tiembla mucho el  
 »pulso. Conteste pronto por caridad, que nos  
 »vamos luego y antes quisiera tener carta de  
 »usted. Besa su mano su hija respetuosa en Jesu-  
 »cristo—LUCÍA GONZÁLEZ.»

Para los que, conociendo el estilo verbal del  
 Padre Urtazu, sientan deseos de enterarse del  
 epistolar que usaba tan claro varón, será cosa de  
 gusto la esquila que a continuación se inserta:

«Lucigüela de mis pecados: ay, hija, ¡y qué  
 »bien pintamos las cosas para dejar a nuestra  
 »personita en el lugar más lucido! Misericordia,  
 »¿eh? ¡yo te daré la misericordia! Has hecho mal,  
 »remal, en escribir esa cartita a hurtadillas de tu  
 »cónyuge, y no me sorprende que él se haya  
 »puesto hecho un dragón. Debiste pedirle permi-  
 »so; y si te lo negaba ¡paciencia! ¿No te he dicho,  
 »mujer, que para ser buena casada, y hacer el  
 »viaje en paz, metieses en las maletas un par de  
 »arobas de paciencia? Se nos olvidó, y mire las  
 »resultas... Anda, desgraciada, cómprate ahí la  
 »paciencia y usala a pasto, que te irá bien. Tu  
 »marido no debió insultar al bonazo de tu padre  
 »(aunque algo se lo merece, yo me sé por qué);  
 »pero repara que estaba airado, y cuando uno se  
 »enfada... yo que tengo el genio vivo, me consi-  
 »dero. Lo dicho: paciencia, y más paciencia; y  
 »nada de esquelitas de tapadijo. ¿Quién la mete  
 »a ella a predicadora? Y no afligirse: Dios aprie-  
 »ta, pero no va a ahogar, que no es ningún ver-  
 »dugo; y puede que cuando menos pienses, te  
 »mande consuelos, así, de regalo, y no por tus

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

»méritos. Y adiós, que va a salir el correo, y  
 »además tengo los pulmones de una rana en el  
 »porta-objetos del microscopio, y voy a ver qué  
 »casta de respiración gastan las señoras ranas.  
 »Acuérdate de rezar un poquito, ¿eh? y bajare-  
 »mos los humos. La bendición de Dios y de San  
 »Ignacio sean contigo, chiquilla.—ALONSO UR-  
 »TAZU, S. J.»

Cuando llegó esta amonestación, ya Lucía ha-  
 bía hecho por instinto lo que el Padre Urtazu le  
 aconsejaba. Humilde y mansa como una cordera,  
 sus miradas pedían a cada paso perdón. Miran-  
 da apartaba de ella los ojos, tratándola con des-  
 dén glacial. Lucía, exhausta con tantos esfuerzos,  
 y con el esmero incesante a Pilar consagrado,  
 mudaba las rosas de las mejillas en azucenas, y  
 adelgazaba notablemente, a pesar de comer con  
 buen apetito. Una mañana, Duhamel la llamó  
 aparte, y la dijo en su chapurrado característico:

—Cuidarse, *menina*... *Conservar-se. Vae cair  
 doente*... menos vigiliass, menos fatigas, un *somno*  
 regularizado... Esta asistencia *altera-lhe a sande*.

—¿Cree usted que se me pegará el mal de Pi-  
 lar?—preguntó Lucía con tan sereno acento, que  
 Duhamel se la quedó mirando.

—No, no es eso... El médico bajó la voz más  
 aun, engolfándose con ella en larga y misteriosa  
 plática.

Aquella noche contestó Lucía al Padre Urtazu  
 en estos términos:

«Padre querido: ¡bendita sea su bocal no pa-  
 »rece sino que tiene usted don de profecía, según  
 »acertó al pronosticarme consuelo. Estoy loca de

»alegría, y no sé lo que escribo casi. Sepa usted  
 »que me hallo en cinta, según dice el señor  
 »Duhamel, que es un sabio, y no puede equivo-  
 »carse en esto. Lo que yo tomé por enfermeda-  
 »des, eran las molestias del estado... Sí; ahora lo  
 »comprendo muy bien; ¡pero qué tonta soy!  
 »¿Cómo no lo conocí antes? Parece que una cosa  
 »tan grande, debía adivinarla sin que nadie me  
 »lo advirtiese. ¡Un hijo! ¡Pero qué gusto, Padre  
 »Urtazu! Desde mañana empezaré con la canas-  
 »tilla, no vaya el angelito a nacer como Jesús, sin  
 »paños en qué envolverse... Estoy poniendo ton-  
 »terías, y lloriqueo, pero no como el otro día...  
 »hoy es de placer.

»Mañana o pasado emprenderemos el viaje;  
 »Miranda y yo vamos unos días a Paris antes de  
 »volver a León (rabiando estoy por verme ahí y  
 »contarle a padre la noticia: no se lo diga usted,  
 »que quiero sorprenderle yo), y la pobre Pilar y  
 »su hermano, a España, si es que se lo consiente  
 »el mal, y no tiene que pararse en algún pueblo  
 »del camino, y morirse allí quizá. Porque a mí no  
 »me engaña su mejoría; está señalada por la  
 »muerte. Lo que siento es tener que dejarla acaso  
 »quince o veinte días antes de... En fin, estoy tan  
 »alegre, que no quisiera pensar en eso. Aplique  
 »usted una misa por mi intención.»